



MARIE EUGENIE Y LA COMUNIDAD (Parte 2)

III- LA COMUNIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS

1. Agitaciones ligeras

A veces en el camino de la comunión, hay momentos en los que hay muchos obstáculos, "crisis" que parecen insuperables. María Eugenia las ha vivido a menudo. Una de las primeras ocasiones fue la separación del Padre Combalot, dos años después de la fundación. Nos vamos a centrar ahora en la historia de esta crisis, tratando de sacar algunas lecciones para las crisis que nosotros mismos podemos atravesar en los equipos, en nuestras relaciones o en nuestros proyectos... ¿Cómo mantener la comunión en plena crisis?

El Padre Combalot tuvo la intuición de la fundación de la Congregación. El llamó a María Eugenia, y también a María Agustina, Teresa Emmanuel y María Teresa. Acompañó el proceso y la formación de la joven fundadora. Un profundo afecto, arraigado en Dios, les unía hasta el punto de que el Padre Combalot, radical como de costumbre, escribió a Ana Eugenia el 25 de febrero de 1839: "*Usted y yo nos amamos sólo en y para Dios... Así pues, usted es, mi querido tesoro, mi ángel, mi hija, mi único bien.*" El reconocer este cariño permitió a María Eugenia aceptar a su director incluso con su inconstancia: "... hoy veo que os amo, tanto en la severidad como en la indulgencia (...) vuestra ternura está escrita en cada página de vuestra carta, pero a veces con caracteres bastante duros. »¹

Durante los dos primeros años, de marzo de 1839 a marzo de 1841, el Padre Combalot fue el único "Padre" de la Asunción. Escribió la introducción a las Constituciones, desarrollando un buen análisis de la educación cristiana y de la vocación de la mujer. A pesar de todo, las hermanas tuvieron que adaptarse al carácter impetuoso del sacerdote. Cuando había que estudiar, estudiaban. Cuando había que cerrar los libros durante días enteros, se aplicaban al ascetismo. Cuando había que comer, comían y ayunaban cuando él lo pedía. María Eugenia, en cambio, según las hermanas, se abstuvo de toda oposición, viendo sólo el bien de la Congregación que se iba a fundar. Esta inestabilidad, sin embargo, desgastó la confianza de la joven: "*Creo que ya se lo dije, es la confianza lo que me falta; a menudo ya no me atrevo, ya sea porque le temo porque me temo a mí misma o porque temo al futuro.*" "Cuando llegan los primeros sobresaltos que anuncian la crisis, la primera actitud de María Eugenia es abrir su corazón, con una cierta franqueza, reconociendo el papel específico del aquel por el que ella sufre y optando decididamente por la confianza: "*Devuélvame esta confianza, querido padre, devuélvamela siempre siendo verdaderamente mi padre, en toda la extensión de la palabra...*"² Ella sienta las bases de su relación con el Padre Combalot en Cristo: "*Los lazos que me unen a Jesucristo me unen también a usted...*" Poco a poco, sin embargo, la joven siente que la prioridad ya no debe ser su afecto personal, ni siquiera su seguridad, sino el bien mismo de la obra que está trayendo al mundo. El Padre d'Alzon, amigo del Padre Combalot, le anima vivamente a elegir el bien de la obra como prioridad: "*No, no debe abandonar el éxito de su obra al Sr. Combalot. Me dice que en su entorno se confía más en usted que en él (...) Manténgase firme en los puntos de regla, ese es su derecho; y por lo demás, vaya con espíritu de fe, déjese guiar. Creo que esto requiere una gran valentía y que una posición tan difícil no se puede mantener mucho tiempo; pero hoy sólo podemos esperar: corresponde a la Providencia liberarlas de sus ataduras.*"³

¹ María Eugenia al Padre Combalot, 18 de agosto de 1837, n°4

² María Eugenia al Padre Combalot, 7 de abril de 1840, n°118

³ Manuel d'Alzon a María Eugenia en diciembre de 1840

A lo largo de este año que se anuncia movido, en febrero de 1841, el Padre Combalot da la oportunidad de "dar su voz en capítulo" a las hermanas profesas de la pequeña comunidad, es decir, les permite participar en una decisión comunitaria. Al mismo tiempo, las hermanas se reafirman en su deseo de permanecer en buenos términos de entendimiento con el Padre Combalot a quien reconocen como su superior⁴. Unos días más tarde, el P. Combalot se marchó a Nantes; las cartas que María Eugenia le envió entonces mostraban un cariño muy concreto: "*¿No es demasiado lo que organizáis para la Cuaresma? Cada año es usted menos joven, por consecuencia hace falta cada vez más atrevimiento para gastar sus fuerzas tan duramente. No se canse más de la que cuenta y que esa urgencia, que uno no puede dejar de tener por recibir su palabra, no le empuje hasta el punto de hacerle enfermar*".⁵ Vemos así que las resistencias que María Eugenia podía sentir no le desviaban de su rectitud y de su cariño por quien la llamó a fundar la Asunción. María Eugenia fue elegida entonces superiora de la comunidad, lo que fue una gran alegría para el P. Combalot.⁶



Mantener el objetivo de la comunión:

- Nombrar con franqueza sus sentimientos
- Tomar el bien de la obra como prioridad
- Discernir lo esencial
- Cultivar juntos la fe, el valor y la confianza en Dios

2. Diferencias de opinión

Todo esto sucede en un contexto parisino poco favorable para la comunidad. El clero de París desconfiaba del Padre Combalot y de su originalidad; y se inquietaba por la edad de las hermanas y por su estilo de vida. María Eugenia necesita recibir confirmación. En una bellísima carta, afirma que, a partir de entonces, su prioridad será únicamente el interés de la obra: "*...es verdad que sería un gran consuelo para mí contar con vuestra entrega y afecto, no lo digo por mí, yo no valgo la pena, sino por la obra de Nuestra Señora (...) Sólo Dios, mi queridísimo Padre, puede merecer esta entrega ilimitada, sin fronteras, sin desánimo, en las que una nueva obra debe apoyarse. Mi mayor temor, lo que me preocupa tanto, es temer que esta base nos falte; lo único que puede consolar mi alma, por lo tanto, es reconocer que en este punto usted tiene sentimientos similares a los míos. Yo sé que usted por convicción y por entrega está confiado a Dios, y deseo que, como usted dice, esté dispuesto a hacer todo por esta obra, y a mostrarle siempre su favor y no sólo hacia mí, que sería demasiado poco. Le confieso que ahora los sentimientos más hondos de mi gratitud y ternura son y serán para las almas que se unan más estrechamente a mí en la realización de esta fundación; A las que hagan más por la obra de Nuestra Señora, será a las que más amaré*". La reticencia del clero hacia la comunidad es tanto más fuerte cuanto que se piensa que el Padre Combalot forma su comunidad con demasiada independencia; María Eugenia ruega al Padre Combalot que esté atento a su conducta: "*Le ruego, mi querido Padre, que evite todo lo que pueda corroborar este rumor, el más molesto de todos para una comunidad, ya que nuestra primera obediencia debe ser al Obispo*".⁸ Decididamente lo que guía a María Eugenia, es el bien de la obra y su apego a la Iglesia.

⁴ cf. Acta del 18 de febrero de 1841: "Nuestro Padre ha tenido a bien concedernos desde ahora el derecho de voz activa en el capítulo, puesto que ya lo tenemos de voz pasiva, definido por la regla... Queremos obedecerle como a nuestro Superior, como dice la regla, y queremos llevarnos bien con él al mismo tiempo que nos ha concedido el derecho de aprobar en capítulo, por una pluralidad de voces, cualquier cambio de la regla...".

⁵ María Eugenia al Padre Combalot, 2 de marzo de 1841, n°127

⁶ Cf. Padre Combalot a María Eugenia, 6 de marzo de 1841.

⁷ María Eugenia al Padre Combalot, 18 de marzo de 1841, n° 129

⁸ María Eugenia al Padre Combalot, 28 de marzo de 1841, n°130

Así que cuando el Padre Combalot quiso pasar por encima de la autoridad del Arzobispo de París y obtener el permiso directamente de Roma, María Eugenia seguía inquietándose. Para él, se trata de enraizar la obra "en el tronco sagrado *de la Iglesia*", donde "*se extrae savia abundante*"⁹, lo que podría facilitar la llegada de las vocaciones. María Eugenia se alarmaba por este proyecto y veía en él una falta de respeto por el papel del arzobispo de París. Pensó que esto impediría el desarrollo de la obra y se abrió al Padre Combalot¹⁰, pidiéndole, con prudencia, poder decir al arzobispo que no aprobaba estos trámites. Al mismo tiempo, no permite malentendidos: "*Se equivoca, mi queridísimo Padre, al creer que dije que no había hecho nada por la obra. Lea mi carta de nuevo...*" Añade, sin embargo, que nada ha debilitado su amor hacia él. Para ella, la verdad y la diferencia de puntos de vista no son un obstáculo para la comunión. Sintiendo que las diferencias crecen, la joven religiosa se preocupa por el futuro de la relación con el Padre Combalot: "*... todo me preocupa, y para completar mi franqueza, lo que me preocupa sobre todo son mis relaciones con usted... temo que el hecho de estar encargada, por mi posición, de expresarle los deseos de mis hermanas, la oposición de la que he sido objeto de parte suya, no le lleve a combatirlos continuamente... digo los deseos de mis hermanas, porque le pongo a usted mismo por testigo de la perfecta indiferencia que tengo para casi con todo lo que respecta a mi vida.*"¹¹ "Parece que María Eugenia se dio a sí misma la regla de la indiferencia personal para escuchar mejor los deseos de la comunidad. Para mantener su confianza, se apoya en el vínculo ya establecido con el Padre Combalot, en las cualidades que ella reconoce y le expresa: "*Me digo a mí misma que volverá más tranquilo de lo que se fue, me repito desde la seguridad del cariño que me profesa, desde su buen corazón, su rectitud, sus cualidades, sus virtudes, me atrevo a decir incluso, desde lo que he hecho por usted, que no es posible que sea en el futuro tan malo para conmigo, como bueno lo ha sido en el pasado...*".



Mantener el objetivo de la comunión:

- Una palabra honesta que evite los malentendidos
- Una sabia prudencia que respete las etapas
- Respeto por los roles de cada uno y vínculo con la Iglesia
- Indiferencia personal y escucha de los deseos de la comunidad
- Construir sobre la memoria positiva del pasado y reconocer las cualidades de los demás

3. Ruptura necesaria

Las críticas a la comunidad habían llevado a María Eugenia a reunirse con Monseñor Affre, arzobispo de París, durante la ausencia del Padre Combalot. Juntos consideran la necesidad de nombrar un nuevo superior eclesiástico. Esto debe ser anunciado al Padre Combalot cuando regrese el 11 de abril. El arzobispo se ocupó de ello y el sacerdote le respondió: "*Mientras yo viva, mis hijas no tendrán más superior que yo.*" El Padre Combalot trató entonces por todos los medios de alejar a la comunidad de la autoridad parisina, tratando de convencer a las hermanas de irse con él a Bretaña. Pero en nombre de la razón y del deseo de proteger la obra, se expresa una fuerte cohesión comunitaria contra este proyecto. La Madre Thérèse Emmanuel es su portavoz. Al Padre Combalot le cuesta aceptar esta resistencia y considera que María Eugenia ha participado en la decisión: "*Todas las posibles razones y consideraciones* _____

⁹ El Padre Combalot a María Eugenia, 2 de abril de 1841

¹⁰ Cf. María Eugenia al Padre Combalot, 2 de abril de 1841, n°133.

¹¹ María Eugenia al Padre Combalot, 5 de abril de 1841, n°1

No impedirán nunca, mi querida hermana, que se hace no se haga. Usted y sus hermanas han querido un superior para su obra. Y no soy yo. El arzobispo os lo ha impuesto, pero fue usted quien le solicitó que le diera uno".¹² Esto le amarga y promete a la comunidad un futuro difícil. Sin embargo, hace un trabajo de distanciamiento bastante conmovedor: *"...he podido únicamente sentir un dolor extremo, y cuando este sentimiento ha dado paso a algunas reflexiones que necesariamente tenían que seguirle. He visto en ello una disposición abierta de la Providencia bendita a la que he tratado de someterme con resignación cristiana."* En sus cartas se puede encontrar una alternancia de distancia y de resistencia, signos de una lucha a la altura del compromiso personal que había tomado en la fundación de la Asunción. El 3 de mayo de 1841, intentó un último acercamiento, reuniendo a las hermanas y tratando de convencerlas de tomar la decisión de partir inmediatamente a Bretaña, preferentemente sin María Eugenia, quien, según él, no podía asegurar la cohesión del grupo. Una vez más, las hermanas reaccionarán en comunidad, después de un voto unánime en el que afirman su decisión de permanecer en París, con su joven superiora. Cuando la relación personal ya no es suficiente para preservar la comunión, la comunidad ayuda a afrontar la ruptura. Se anuncia la decisión al Padre Combalot, que abandona la casa sin tardar. Las hermanas tratan de verlo al día siguiente, pero él se niega a recibirlas. Esto no le impide expresar sus deseos para la comunidad: *"Que Dios les dé tantas bendiciones como amarguras tengo yo, que él mismo sea su protector, su apoyo, su consolador"*. *Envíen la carta de esta mañana a Monseñor. Pídanle un Padre para sus almas. Den a quien elija en su sabiduría, su confianza...*¹³

El Padre Combalot poco antes de marcharse de París hacia Roma, envió a Monseñor Affre una carta de recomendación: *"Acabo de pedirle que nombre un superior para la pequeña comunidad cuyos elementos he preparado, y a fin de dejarle a usted, Monseñor, y al hombre de su confianza toda la libertad necesaria para continuar, consolidar y fortalecer esta obra naciente, pongo en sus manos toda la autoridad que mi condición de padre y fundador me da sobre ellas (...) El pensamiento que ha guiado su creación me parece útil y oportuno; pero mi cooperación directa crearía en adelante demasiados obstáculos para que se desarrolle (...) Colocadas bajo su inmediata autoridad, y a la sombra de su solicitud, no tendrán ya que temer la tormenta; y yo, al reconocer lo que me falta de cualidades y virtudes para completar el edificio, bendeciré a Dios por su crecimiento."*¹⁴

A pesar de una lucha interior que continuará, el Padre Combalot da aquí un signo de comunión que va más allá de los sentimientos humanos. La amargura no le impide entregar la obra, animar su futuro y reconocer sus propias deficiencias.

Para María Eugenia, la ruptura es una prueba terrible: *"No me atrevo a admitir el estado en el que me deja todo lo que acaba de suceder. Mi alma está tan triste que necesito tanto el estímulo para la obra como para mí misma, pero tengo que prescindir de él. Se hará la voluntad de Dios. Me gustaría tener alguna esperanza de ver al Sr. Combalot salir del tono de separación absoluta en el que ha entrado... Desde ayer trato de pensar cómo podría haber evitado esta separación... Lo que me consuela es la gentileza y la moderación que me han acompañado a lo largo de las últimas escenas. He intentado con mucho empeño mantenerme en pie durante la tormenta, unida a las disposiciones de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento interior y exteriormente..."*¹⁵ En una carta al Padre de Salinis, escribe: *"... en este caso la gran cuestión no me parece que sea saber quién tenía razón o no, sino más bien encubrir las culpas tanto cuanto sea posible y remediar los inconvenientes. Me bastaba que el arzobispo me expresase el deseo de nombrar un superior más estable, y que mis hermanas todas me declararan que no tenían el valor de hacer un voto de obediencia en las manos de nuestro Padre,*

¹² El Padre Combalot a María Eugenia, 26 de abril de 1841

¹³ El Padre Combalot a María Eugenia, 3 de mayo de 1841

¹⁴ El Padre Combalot a Monseñor Affre, mayo de 1841

¹⁵ María Eugenia, Notas Intimas, mayo 1841, n°172/0

y que no había sufrimientos ni dificultades materiales que no prefirieran a su mandato de superior. Había que actuar entonces lo más francamente posible..."¹⁶ Una vez más la joven superiora comparte elementos importantes: no buscar quien tiene la culpa y quien la razón, ocultar las culpas y remediar los inconvenientes, apoyarse sobre la decisión de la comunidad. Añade que siempre ha actuado con el Sr. Combalot "con dedicación y cuidado para no comprometerlo, lo cual el mismo ha reconocido a menudo" y que le gustaría que la decisión de tener otro superior no afectara a los lazos de afecto que unen a las hermanas con su "fundador", reconociéndole sin ambigüedad la intuición de los comienzos...". Aunque él sea incapaz de esta clase de tutela, ¿acasolo que hacemos no es su obra, su pensamiento, lo que él más deseaba para mayor gloria de Dios?"

Durante algunos meses, María Eugenia trabajará para recrear una relación que el Padre Combalot rechaza. Ella lo explica de esta manera: "No debe sorprenderle que hayamos seguido escribiéndole y recordándolo ante Dios (...) estamos solamente convencidas, como yo lo estoy todavía, de que, al reflexionar, cuando esté solo con Dios, se alegrará de que hayamos seguido haciendo lo que usted ha deseado que se hiciese para la gloria de Dios..."¹⁷". En octubre, el Padre Combalot reclama los libros que había dejado en la biblioteca de la rue de Vaugirard. María Eugenia le expresa una vez más su amistad y que comparte su pena. La distancia es sin embargo definitiva. Fue la hermana del abate Combalot, de quien María Eugenia se ocuparía en los años 1850, la que le dio noticias de su hermano, y luego le anunció la enfermedad de su madre... El P. Combalot retomó una vez el contacto con Thérèse Emmanuel, en 1849, para hablarle de un proyecto de... ¡fundación! Otro año, María Eugenia tuvo miedo al verle acercarse a la comunidad de Nîmes. A lo largo de los años, su correspondencia revela que lo mantiene siempre presente en su memoria: pregunta de vez en cuando al Padre d'Alzon si tiene noticias tuyas y no duda en comunicar las que recibe. Lo hace en una o dos frases, sin comentarios...



Mantener el objetivo de la comunión:

- No buscar quién tiene la culpa y quien la razón
- No ceder a la tentación de hablar mal de los demás.
- Sobrepasar los sentimientos humanos
- Confiar en el discernimiento comunitario
- Esforzarse en evitar la ruptura de la relación de forma permanente.

Habría que recorrer muchos otros momentos de crisis para comprender lo que permite a María Eugenia mantener el objetivo de la comunión en tales situaciones, pero ya podemos extraer un buen número de pistas de esta primera experiencia: Observar la forma en que uno habla a los demás y de los demás, recordando siempre sus cualidades; hablar con rectitud y verdad, nombrando los propios sentimientos; buscar el bien común más que la propia tranquilidad o seguridad, apuntar a lo esencial; ser prudente y no saltarse etapas; respetar a cada uno en su misión y responsabilidades; escuchar a la comunidad y al equipo y confiar en el discernimiento comunitario; apoyarse en Dios, en la fe; hacer todo lo que esté a nuestro alcance antes de renunciar a la relación...

¹⁶ María Eugenia al Abad de Salinis, 16 de mayo de 1841

¹⁷ María Eugenia al Padre Combalot, agosto de 1841, n°136

Conclusión

La tarea de María Eugenia por la comunión es, por tanto, un trabajo realista, que tiene en cuenta la diversidad de situaciones y personas y la transformación personal para volver a Cristo, fuente de toda comunión. Para evocar la comunión en el seno de la comunidad, María Eugenia utiliza **varias imágenes**, como la colmena¹⁸ o el jardín. **En la colmena**, todas las abejas trabajan armoniosamente. **En el jardín**, "cada flor se diferencia de la otra en su fragancia y belleza"¹⁹, como en el cielo, "cada estrella se diferencia de la otra en su esplendor y claridad". Así, en una cierta diversidad, que deja a cada uno el carácter de su gracia, se nos invita a vivir lo que San Pablo sugiere al desarrollar la imagen del cuerpo: "Él [Cristo] es la cabeza y nosotros los miembros". *Debemos ayudarnos mutuamente, debemos amarnos como miembros de un mismo cuerpo (...) Todos los miembros se ayudan, se mantienen, se apoyan, viven en la más perfecta unidad. "Como"²⁰ miembros de un cuerpo, también somos "ramas de un árbol" cuyo tronco es Cristo.* La primera atención de las ramas es la de extraer de la misma savia: "En el trabajo, en todo lo que hacemos, seamos esta rama arraigada en la raíz que es nuestro Señor Jesucristo, recibamos de él la savia, la influencia y la acción. ¿Es suficiente la fe para eso? No, se necesita el amor."²¹ "Al hacerlo, Cristo mismo garantiza la cohesión de la acción y la comunión de los corazones. Esto es cierto en el seno de la comunidad de la Asunción, entendida para nosotros en su sentido más amplio, pero también lo es en la Iglesia, en el mundo, cuando otras ramas, más diferentes aún que la nuestra, ocupan su lugar en el tronco común. Concluyamos con estas palabras de María Eugenia al Padre d'Alzon, que son una hermosa lección de comunión: "Jesucristo es el principio, el tronco de todo; cuanto más lo améis, más amaréis en él a las demás ramas: veréis y adorareis los diferentes grados, las diferentes manifestaciones de su gracia y de su vida en el sacerdote, en los pobres, en los religiosos y religiosas de toda clase, pero tened cuidado de no querer participar en ello más que por la comunión general de los fieles, ya que el jugo que alimenta a uno debilitaría el que debe alimentar al otro. El tronco por sí solo puede transportar todas las ramas: es una pretensión demasiado general hoy en día querer ser un tronco o al menos hacerse universal. Sé rama, si quieres ser algo, y cree incluso que nunca estarás mejor dispuesto a la caridad hacia todos, que estando humildemente en tu lugar allí donde eres lo que debes ser en Jesucristo. »"²²

Hermana Véronique Thiébaud, Archivista de la Congregación

Febrero del 2020

¹⁸ María Eugenia de María Teresa, 11 de enero de 1839, n° 1188: "Que sea él mismo quien nos dicte el espíritu que quiere que tengamos. Que un día haga de nuestra pequeña colmena una casa de paz, de caridad y de fervor! »

¹⁹ María Eugenia, Instrucción de Capítulo del 10 de junio de 1877, "Grandes ejemplos dejados por la Madre María-Claire".

²⁰ María Eugenia, Instrucción de Capítulo del 20 de agosto de 1886: "Que Dios sea amado en primer lugar, y luego el prójimo".

²¹ María Eugenia, Instrucción de Capítulo del 15 de noviembre de 1891, "Dedicación de las Iglesias".

²² María Eugenia al Padre d'Alzon, Carta sin fecha de 1844, n° 1630.